



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
www.virgendeguadalupe.org.mx

Homilía pronunciada por el **M.I. Sr. Canónigo Dr. Gustavo Watson Marrón**, Arcipreste y Vicerrector de la Basílica de Santa María de Guadalupe en el **Domingo de la Ascensión del Señor**.

2 de junio de 2019

La Ascensión del Señor cierra el tiempo de Jesús y abre el tiempo de la Iglesia. De ahora en adelante se hará presente nuestro señor Jesucristo a través de la acción de sus discípulos. Por eso les promete la fuerza de lo alto, el Espíritu Santo, para que puedan cumplir su misión de ser testigos y continúen la obra de Jesús.

Por eso también los dos hombres vestidos de blanco de qué nos habla el libro de los Hechos de los Apóstoles, les dicen a los apóstoles: galileos ¿qué hacen allí parados mirando al cielo? Como si les dijeran: ahora es cuando ustedes deben actuar y no perder tiempo en comunicar la buena nueva de Jesús.

Es significativo que San Lucas señale en su Evangelio que después de la Ascensión, los discípulos no estaban tristes, deprimidos, derrotados, como después de la pasión y antes de verlo resucitado, sino que regresaron de Betania a Jerusalén llenos de gozo y permanecían constantemente en el templo alabando a Dios. Y ¿por qué esta alegría? Porque sentían su presencia en medio de ellos. Nunca se sintieron abandonados.

Para nosotros, estos textos nos invitan a reflexionar sobre si somos auténticos testigos de Jesús, o no. Si lo hacemos presente en el ambiente que nos desenvolvemos, si comunicamos o no la alegría de ser sus discípulos, como lo hizo la primitiva comunidad, o más bien comunicamos amargura, tristeza, enojo, viendo sólo el lado negativo de las cosas. Hay que preguntarnos si orientamos nuestras actividades a Dios, si empleamos alguna parte de nuestro tiempo a actividades apostólicas. Si tratamos de ser fieles al Señor en la vocación que Él nos dio. Si participamos en la vida de alguna comunidad cristiana, o por el contrario esto nos es indiferente.

Una segunda enseñanza de esta fiesta: el tiempo de la Iglesia finalizará con la última venida del Señor Jesús. Por eso dice al final el texto de los Hechos de los Apóstoles que hoy hemos escuchado: ese mismo Jesús que los ha dejado para subir al cielo, volverá como lo han visto alejarse. Ciertamente los primeros discípulos pensaban que esta segunda venida iba a ser en un tiempo muy cercano. Poco a poco fueron entendiendo que esto no era así. Pero lo importante es que llegará y esto será la victoria definitiva del Reino de Dios. El mal no será el que tendrá la última palabra.

Sí Jesús es Dios, necesariamente manifestará su poder y su gloria a todos y esto para nosotros nos debe llenar de confianza. Aunque a veces veamos que el mal avanza en nuestra sociedad, que diariamente nos enteramos de cosas muy terribles y dolorosas, que los hijos de las tinieblas triunfan aquí y allá. Ante esto, no debemos desanimarnos. Lo peor que podemos hacer es derrotarnos, pensar que no hay nada que hacer y cruzarnos de brazos.

En el Evangelio, la lectura de hoy de los Hechos de los Apóstoles nos enseña quién va a tener el triunfo final. Jesús vuelve al Padre. Esto es lo que significa la Ascensión. Con su encarnación el hijo de Dios ha bajado de su condición sublime y trascendente de Dios, se ha inmerso en nuestra condición terrena, asumiendo la carne humana, asume la naturaleza real del hombre que está marcada por la vulnerabilidad, la precariedad, la debilidad.

Esa carne está expuesta a las enfermedades, a los fracasos, a la muerte y obviamente atravesada de todo el conjunto de sentimientos humanos: miedo, enojos, cansancio, aburrimiento, etcétera. La encarnación del hijo de Dios ha sido para Él un abajamiento. Jesús ha cumplido este largo proceso que lo ha llevado a la humillación de nacer en extrema pobreza en una cueva, y a vivir nuestra condición humana, incluso a la muerte y una muerte de cruz. La Ascensión es el camino inverso de su encarnación, es el retorno de Jesús hacia el Padre.

En la Ascensión tenemos la etapa final a la cual llega Jesucristo. El hijo de Dios termina su misión terrena. Ha cumplido totalmente la voluntad del Padre. La enseñanza de esto para nosotros es que, si queremos participar del triunfo de Jesús, necesitamos como Él, abajarnos, no buscar ser el centro, huir del culto a la personalidad, la cual es totalmente contraria al Evangelio. Que nuestro centro no sea nuestro propio yo, sino Dios y el prójimo.

María Santísima seguramente fue testigo de la Ascensión de su hijo al cielo. Ella luego también participará del triunfo de su hijo al ser asunta en cuerpo y alma al cielo. Que Ella nos ayude a poner nuestro corazón en los bienes del cielo y no estar aferrados a los bienes de este mundo, como si fueran los únicos, necesarios. Y que su ejemplo nos ayude a comprender que en esta tierra somos peregrinos. No pensar como si aquí fue a vivir eternamente en este mundo.